

PRESIDENTE POR ÚLTIMA VEZ: AZAÑA EN LA CRISIS DE MAYO DE 1937*

Santos Juliá

Nadie discute hoy a Manuel Azaña el poderoso empuje que imprimió durante todo el año de 1935 a la política de reconstrucción de la coalición republicano-socialista ni el decisivo papel que desempeñó en la coalición electoral conocida con el nombre de Frente popular. Su negativa a considerar la posibilidad de un gobierno de unión republicana con los radicales; sus ásperas denuncias de los planes del presidente de la República para revisar o reformar la Constitución; sus gestiones para unir en torno a un programa político y a un plan de gobierno a los partidos republicanos de izquierda; sus esfuerzos para conseguir que los socialistas aceptaran y apoyaran ese plan dejando de lado sus propias reivindicaciones; sus discursos en campo abierto que impulsaron un movimiento de opinión de una magnitud y alcance hasta entonces desconocidos en la República; la aceptación, en fin, de los comunistas a la firma del pacto fueron algunos de los elementos básicos sin los que no habría sido posible que las distintas fuerzas de izquierda -políticas y sindicales- concurrieran unidas a las elecciones de febrero de 1936. Este gran éxito político, del que Azaña es personalmente responsable, sorprende todavía más si se considera el estado de dispersión, desmoralización y recíproca hostilidad que reinaba entre los partidos y sindicatos obreros después de la revolución de octubre de 1934. A pesar de un supuesto frentepopulismo sociológico y de una pretendida cultura frentepopulista que algunos postulan como fundamento del pacto de izquierda, es lo cierto que un año después de la derrota de octubre nada permitía suponer que fuera posible alcanzar un acuerdo político entre los partidos obreros y los republicanos. Sin la presencia y la dirección de Azaña, es más que probable que el llamado frentepopulismo sociológico no hubiera plasmado en el eficaz y concreto pacto político que permitió el triunfo de las izquierdas en febrero de 1936.

Pero si es cierto el creciente acuerdo sobre la importancia del liderazgo de Azaña hasta febrero de 1936, también parece ser común la convicción de su irrelevancia desde que asumió la presidencia de la República en mayo de ese mismo año y, sobre todo, a partir de la sublevación militar. Existe un estereotipo muy extendido de Manuel Azaña que lo tiene como un político huido, acobardado, incapaz de asumir sus responsabilidades o sus compromisos en los momentos decisivos. Es una imagen que procede de antes de la guerra, de los meses en que se preparó el movimiento revolucionario que habría de implantar la República, y que quedó como grabada en las jornadas de octubre de 1934, cuando la prensa monárquica, y

* Publicado en Alicia Alted, Ángeles Egido y M^a Fernanda Mancebo, eds., *Manuel Azaña: pensamiento y acción*. Madrid, Alianza, 1996, páginas 239-256.

muy señaladamente *ABC*, lo presentó como huido por la alcantarilla y detenido en poco airosa circunstancia. Más adelante, la misma aceptación de la Presidencia de la República fue juzgada por muchos de sus amigos como una muestra de cansancio y de huida de sus responsabilidades. En fin, algunos de sus comportamientos al comienzo de la guerra civil, especialmente su obsesión por salir lo antes posible de Madrid y su instalación en Barcelona que Largo Caballero atribuye a su deseo de "estar más próximo a la frontera"¹, serían también la prueba fehaciente de ese carácter acobardado y miedoso.

Azaña habría sido, pues, según esta visión, un presidente encerrado, marginado, cautivo de quienes lo utilizaban para sus propios fines, marioneta de los comunistas, prisionero de Negrín, que solo consiguió liberarse de sus ataduras cuando dimitió como presidente de la República². Indudablemente, quienes reducen la política de la República en guerra a un enfrentamiento entre comunistas y anarquistas, aparte de olvidar a socialistas y republicanos, limitan el papel de Azaña a una función decorativa. La de Azaña sería, pues, en esta visión, una presencia puramente marginal en la política republicana desde mayo de 1936 e irrelevante desde la formación del gobierno Largo Caballero cinco meses después. Su permanencia en la jefatura del Estado tendría sólo un contenido simbólico, realizado con ocasión de los discursos pronunciados en momentos solemnes, pero nada más.

A la par que se reduce de esta forma el papel de Azaña en las funciones que eran de su estricta competencia y, muy especialmente, en el nombramiento de presidentes del consejo de ministros, se realza por el contrario el de los comunistas. Habría que buscar en ellos, en su capacidad maniobrera, en su afán por ocultar o camuflar la revolución y por dominar paulatina pero inexorablemente los aparatos de Estado, la explicación de todo lo que ocurre en la República desde la formación del gobierno de 1936 hasta la crisis de mayo de 1937, por no hablar de la crisis de abril del año siguiente³. En el primer caso, porque habría sido imposición de Moscú que no se formara entonces un gobierno exclusivamente obrero; en el segundo, porque Moscú o la Internacional habrían sido responsables, causantes directos, de la caída de Largo Caballero y de la elección de Juan Negrín como su sucesor en la jefatura del gobierno; en el tercero, en fin, porque Negrín, al despedir a Prieto, actuaba como marioneta de Moscú. Azaña, en ningún caso, habría tenido nada que ver con la solución de las sucesivas crisis.

Esta es la tesis que quisiera discutir aquí, no sin antes reconocer que Azaña mismo suministra abundante material para tener su presidencia como la de un político paralizado, más que por el miedo, por la desolación y decidido a

¹ Francisco Largo Caballero, *Mis recuerdos*, México, 1976, p. 175

² En fecha reciente, García de Cortázar y González Vesga afirman que, como presidente de la República, "su estrella se iría apagando hasta extinguirse por completo en el derrotismo y el miedo del trienio de la Guerra Civil", *Breve Historia de España*, Madrid, 1994, p. 566.

³ François Furet afirma que los comunistas, además de matar la revolución popular, enregimentar al anarquismo, marginar a la izquierda y la derecha del partido socialista, habían obligado a Azaña y Negrín a seguirles, *Le passé d'une illusion*, Paris, 1995, p. 302

una renuncia para la que no carecía de abundantes motivos morales y políticos. Azaña deja testimonio de su desesperación, de su horror y su terrible noche el día de la matanza de la Cárcel Modelo, en la que estuvo muy cerca del abandono al conocer la muerte de algunos de sus antiguos amigos políticos allí encarcelados: "yo también hubiese querido morirme aquella noche o que me mataran", dice por medio de Garcés en *La velada*, sin que le sirva de consuelo la explicación que le ofrece Ángel Ossorio cuando le visita esa misma noche a instancias de Cipriano Rivas⁴. En la misma obra, Azaña pone en boca del doctor Lluch un recuerdo en el que seguramente hay datos de su experiencia personal, de los días que pasó en el Palacio Nacional, cuando se fusilaba en la tapias cercanas: "una noche, a fines de agosto, mientras de codos en la ventana de mi cuarto tomaba el fresco, sonaron en el cementerio tres descargas"; de allí a poco, el médico oyó un gemido que creció hasta ser alarido, intermitente, desgarrador; no pudo convencer a nadie para que recogiera al moribundo, todo lo más enviar un recado a la alcaldía. "Pasó el tiempo ¡Tac, tac! Dos tiros en el cementerio. Dejó de oírse el gemido". Es indudable que Azaña sintió que algo se desmoronaba en su interior cuando pudo comprar que la crueldad y la venganza, hijas del miedo y de la cobardía, definían también a su propio campo⁵.

No le faltaron tampoco para renunciar motivos estrictamente políticos: una vez formado el gobierno de Largo Caballero y, sobre todo, una vez ampliado con la participación de los sindicalistas, Azaña debió de llegar a la conclusión de que nada tenía "que hacer ya en la vida política". Hasta el último momento se resistió a la entrada de la CNT en el gobierno y cuando Giral le comunicó en una "dramática conversación" que el gobierno en pleno opinaba que debían entrar, intentó al menos que no fueran de la FAI y que "quiten a Oliver" o, en caso contrario, que le dieran las razones de su incorporación por escrito. La respuesta de Largo, en una carta "anodina y taimada", le hizo pasar una "noche trágica" en la que adoptó la "resolución de abandonar"⁶. "Me reconozco ajeno a este tiempo", dice en *La velada* un personaje al que es fácil identificar con el propio Azaña: "los hombres como yo hemos venido demasiado pronto o demasiado tarde. A no ser que nuestra inutilidad pertenezca a todos los tiempos, a todas las situaciones". Este sentimiento de inutilidad fue el lógico resultado de su convicción de que la República había sucumbido en las últimas semanas de julio, cuando "sin poder reducir la rebelión, para salvarse y salvarnos de la tiranía militar, abrió las compuertas, o soportó que fuesen derribadas, al ímpetu desordenado del pueblo, reconociendo con eso mismo su

⁴ *La velada en Benicarló*, en *Obras Completas*, México, 1968, vol. III, p. 429. Para la visita de Ossorio, Cipriano de Rivas, *Retrato de un desconocido*, Barcelona, 1981, pp. 345-347. Lo que hablaron, en anotación de 17 de junio de 1937. OC, IV, pp. 621-627. Claudio Marón, personaje de *La velada*, repite la misma invocación a la lógica de la historia a la que Ossorio había recurrido para explicar los crímenes de la cárcel Modelo, III, p. 430.

⁵ *La velada*, p. 395.

⁶ Anotaciones sin fecha, pero probablemente escritas a medida que se producían los hechos, en Manuel Azaña, *Apuntes de Memoria y Cartas*, ed. Enrique de Rivas, Valencia, 1990, p. 26.

impotencia". Azaña se sentía manifiestamente incapaz de colocarse a la cabeza de ese ímpetu desordenado y encontrarle un cauce político⁷.

La destrucción llegó a alcanzar tales proporciones que se pregunta si acaso prolongar la guerra puede compensarlas. Una noche, en Valencia, lee en los periódicos que los aviones facciosos habían abrasado el Museo del Prado, y comenta, ahora por boca de Morales: no recuerdo haber recibido en la vida golpe tan fuerte ni padecimiento comparable. Desamparo y perdición: ni la monarquía ni la República valen para España lo que le cuestan. Ese día, reconoce Azaña, mi moral de guerra se quebrantó y no se ha repuesto⁸. Y año y medio después de sentir lo que en agosto de 1936 anotó como "veleidades de dimisión", vuelve otra vez a suscitar la idea con motivo de la crisis política y militar de marzo y abril de 1938: el hundimiento del frente de Teruel, con la desesperante pasividad de las grandes potencias, evidenciaba la imposibilidad de ganar la guerra: "no estaré ni veinte minutos", dice a Negrín⁹.

En toda esas circunstancias, en agosto de 1936, cuando se hace palpable la crueldad de la guerra; en noviembre de ese mismo año, cuando tiene que aceptar a los sindicalistas en el gobierno; en mayo de 1937, cuando reconoce que su moral se ha quebrantado; en abril de 1938, cuando es ya evidente la imposibilidad de triunfo, Azaña siente la tentación de abandono, pero siempre la rechaza. Y esto es precisamente lo que necesita explicación, no el miedo y derrotismo esgrimidos para configurar su personaje: que Azaña permaneció en la presidencia. Quedarse no fue lo normal entre quienes pensaron desde el primer momento que la guerra había dividido a los españoles en dos bandos irreconciliables y que nada tenían que hacer en esa lucha. Desde septiembre de 1936 era evidente que la República no estaba ante un golpe de Estado tradicional, sino ante una larga guerra que había desencadenado una revolución. Muchos, entre ellos los más cercanos a Azaña por su biografía, su formación, sus gustos y su clase social, no se sintieron capaces de optar por la rebelión ni por la defensa de aquella República y abandonaron, algunos de ellos con la pretensión de situarse en una tercera España que no sería la de los rebeldes ni la de los leales sino una especie de reserva para el futuro.

Azaña no sólo permaneció en su cargo sino que tuvo palabras durísimas para los huidos. Lluch, el médico de *La velada*, encuentra en París a un amigo barcelonés a quien le comenta que algunos opinan que España se ha dividido en dos bandos feroces, ninguno de lo cuales podrá ganar y que cuando se reconozca así, los que se mantienen lejos se encargarán de gobernar. Azaña, por boca de Lluch, replica entonces que cuando oye estas vanidades, siente que le penetra "el espíritu intransigente del miliciano". Y fuera de la ficción, recuerda a su amigo Ángel Ossorio: todos se han ido sin mi anuencia, sin mi consejo y algunos engañándome. Se han marchado, incumpliendo su obligación de servir a la República, porque daban todo por perdido o por miedo a los rebeldes o a los revolucionarios. Y todavía echará un rapapolvo a Sánchez Albornoz por lo que considera su errada conducta y deplorable

⁷ En septiembre de 1936, Azaña dijo a Ossorio: "La victoria es una ilusión", OC, III, p. 625. Lo demás es de *La velada*, pp. 434 y 435.

⁸ *La velada*, pp. 442-443.

⁹ *Apuntes*, pp. 19 y 95.

ejemplo; pretende justificarse por la masa de los republicanos que encontró en París¹⁰. Incluir a Azaña en esa tercera España a la que no habría podido sumarse hasta el final de la guerra por estar prisionero de los comunistas es falsificar la historia. Azaña se quedó porque así lo decidió libremente.

Se quedó, pero no sin grandes vacilaciones y angustias interiores que al final cedieron ante las poderosas razones, políticas pero también morales, que le determinaron a quedarse. De las que el mismo Azaña explicita, la primera fue su claro y contundente repudio a la rebelión, que define como una agresión sin ejemplo y que califica de horrenda culpa, echando en cara a sus responsables el delito de haber desgarrado el corazón de la patria¹¹. La segunda, en la que tantas veces insiste, es su respeto por los combatientes. En su discurso desde el Ayuntamiento de Valencia, evoca el "hecho maravilloso" de que el pueblo entero se pusiera a sustituir a los órganos del Estado caídos en inutilidad o en rebelión¹². Azaña siempre manifiesta, en público y en privado, admiración, agradecimiento y respeto hacia quienes sacrifican su vida en el combate por la República. De las dos cosas respetables y hasta sagradas que suceden durante la guerra, una es "el sacrificio de los combatientes que arrostran la muerte o la padecen abnegadamente". Me aguantó -dirá a Negrín en abril 1938- por el sacrificio de los combatientes, lo único respetable. Lo demás vale poco¹³. En fin, la tercera razón es la causa misma de la República, aunque en este punto tampoco se llama a engaño: jamás compartió la euforia de las primeras semanas de revolución. Desde el primer momento se muestra desolado por el fracaso de la República y descorazonado por el futuro de España. Pero la República es la ley, el orden, la convivencia, la democracia y a esos valores ha entregado su vida. Y puesto que a sus ojos la victoria era ilusoria, la única posibilidad de que la República no sucumbiese por completo dependía de alguna mediación extranjera. Azaña se mantuvo en su puesto porque pensó que era una condición necesaria para que las potencias occidentales mediaran en el conflicto.

¿Se quedó inútilmente, por puro testimonio, por cumplir un deber moral o desempeñó, por el contrario, su función como presidente de la República?. Si se cree lo que en ocasiones piensa y dice, Azaña no habría sido durante la guerra más que un presidente desposeído, sin capacidad para cumplir su función. Con motivo de la entrada de la CNT en el gobierno, escribe en su diario una frase muy similar a la que dirá año y medio después a Negrín en el curso de una violenta conversación: Soy -apunta en el diario- "un valor amortizado desde julio, y un presidente anulado desde la crisis" y mucho tiempo después repite a Negrín: "desde el 18 de julio de 1936 soy un valor político amortizado; desde noviembre del 36 un presidente desposeído"¹⁴. Pero

¹⁰ Anotaciones de los días 17 de junio y 1 de agosto de 1937 en las que cuenta las visitas de Ángel Ossorio y de Claudio Sánchez Albornoz, OC, IV, 623-624 y 742-743.

¹¹ Alocución por radio, 23 de julio de 1936. OC, III, 607-608.

¹² Discurso en el Ayuntamiento de Valencia, 21 de enero de 1937. OC, III, 330-341.

¹³ Garcés en *La velada*, p. 420 y Anotación de 22 de abril de 1938, IV, p. 877.

¹⁴ Apunte de finales de 1936, en *Apuntes de memoria*, p. 26 y anotación de 22 de abril de 1938, OC IV, p. 877.

si se analiza su actuación, Azaña fue durante toda la guerra un valor político imprescindible y, en ocasiones, un presidente muy activo. Ante todo, porque si se hubiera marchado, la República se habría desmoronado en el mismo verano de 1936 pues nadie, entre los dirigentes republicanos, habría sido aceptado por los sindicatos y partidos obreros para ocupar la vacante. Además, al estar formado el gobierno de la República por una coalición de sindicatos y partidos obreros con participación de partidos republicanos era precisa una persona en la presidencia que gozara de un mínimo de autoridad para resolver las crisis políticas abiertas por esa misma heterogeneidad.

En este punto, fundamental para entender la presidencia de Azaña, hay que distinguir, desde luego, momentos y fases de la guerra. Su primera iniciativa como presidente se saldó con un rápido fracaso: el encargo de formar gobierno a Martínez Barrio en la misma noche de la rebelión militar no prosperó al tropezar con la rotunda negativa de los partidos obreros. Giral fue una elección en la que el margen de maniobra del presidente se estrechó considerablemente porque la tomó forzado por las circunstancias: únicamente un republicano dispuesto a repartir armamento a las milicias obreras podía formar un gobierno que fuera aceptado por los partidos del Frente popular y por los sindicatos. Ese estrecho margen que le quedaba a Azaña en julio para cumplir su función presidencial desapareció entre septiembre y noviembre: de ahí la afirmación de ser un presidente desposeído. La incorporación de ministros de la CNT y más específicamente de la FAI y, todavía más, la atribución a García Oliver de la cartera de Justicia le pareció más de lo que podía soportar. Un anarquista administrando justicia era como la negación del Estado que Azaña había construido en su propio interior.

Ahora bien, a partir de la relativa estabilización de los frentes y de la reconstrucción del ejército de la República que siguió a la defensa de Madrid, Azaña recuperó cierto margen de actuación, del que hará uso por última vez en la crisis de mayo de 1937. No se trata solo de que con su permanencia mantuviera pasivamente las instituciones republicanas sino de que intervino en una crisis política de fondo para resolverla de la forma que estimó más adecuada, de modo que sin esa intervención, la crisis no habría tenido aquella solución y hasta es posible que no hubiera tenido ninguna. Fue Azaña el que, a la vuelta de Barcelona, donde le habían sorprendido los hechos de mayo, tomó en su manos la solución de la crisis de gobierno para la que enseguida comprendió que existía un clima favorable entre los partidos del Frente popular. Y fue Azaña el que pensó en Juan Negrín como la persona más indicada para sustituir a Largo Caballero en la presidencia del Gobierno.

Para entender la conducta de Azaña en los días de la crisis de mayo es necesario recordar que a su desolación ante el ataque de los facciosos se añadía la crítica acerba de lo ocurrido en la República desde septiembre de 1936, que definía como impotencia para reemplazar un orden antiguo por un nuevo orden revolucionario. Lo que muchos llaman revolución no es para Azaña sino "abundancia de desorden", inevitable cuando la revolución carece de un contenido político, de pensamiento, de autoridad, de capacidad organizadora y de eficacia con respecto a los fines que la desatan. Azaña no echa en cara a los revolucionarios que lo sean, sino que se muestren incapaces de hacer la revolución que proclaman. Una revolución -escribe- necesita apoderarse del mando, instalarse en el gobierno, dirigir al país según sus miras. No lo han hecho. Por falta de fuerza, de plan político, de hombres

con autoridad, por lo que sea, lo cierto es que se ha creado esa situación propia de los alzamiento que empiezan y no acaban, que infringen todas las leyes u no derriban al gobierno para sustituirse a él; una situación de "indisciplina, anarquía, desorden", de los que se ha derivado "la impotencia y el barullo" ante los que el nuevo gobierno no ha podido nada, sino comprobar que en todos los servicios públicos se ha producido "un derrame sindical paralizante como un derrame sinovial"¹⁵.

El sindicalismo que se había adueñado de la economía y de los servicios públicos, era para Azaña causa principal de la desastrosa situación por la que atravesaba la República. No era el único que lo pensaba. El comité nacional del PSOE había llamado la atención de sus militantes sobre los peligros inherentes a la "sobrestimación de los sindicatos" a los que se prodigaban "elogios demasiado sospechosos de querer conducirlos insensiblemente a creerse eje del Estado". Pasados los primeros meses de guerra, en los que hubo que improvisarlo todo -añadía el comité- "los sindicatos debían constreñirse a su misión específica" sin crear milicias ni justicias propias, sin ensayar nuevas formar de economía ni emitir órdenes que interfirieran a las de los partidos. El comité reafirmaba la doctrina tradicional que situaba al partido político como rector y al sindicato como auxiliar en la lucha política: era un error atribuir al sindicato, como a un nuevo Saturno revolucionario, la misión de "disminuir, sustituir y devorar a los partidos políticos"¹⁶.

Exigir que los sindicatos se limitaran a su función y dejaran la política en manos de los partidos no era, para el comité nacional del PSOE, el resultado de un puro análisis teórico o doctrinal sino comienzo de una nueva estrategia encaminada a desplazar del gobierno a las organizaciones sindicales. En esa estrategia, era fundamental que los socialistas encontraran el apoyo de los comunistas y, a tal fin, la comisión ejecutiva del PSOE calibró, en un reunión celebrada en los primeros días de 1937, "la necesidad y la urgencia de un contacto especialmente estrecho entre nuestro partido y el comunista, de igual raigambre marxista y de coincidencias cada día mayores en la apreciación del momento". Los dirigentes del PSOE, entonces bajo la inspiración, y algo más, de Indalecio Prieto, acordaron celebrar reuniones y conversaciones con el "partido hermano" con objeto de llegar a "acuerdos concretos de coordinación de esfuerzos hacia objetivos comunes"¹⁷.

El objetivo común de la aproximación entre las direcciones del PSOE y del PCE no pasó desapercibido a los amigos del presidente del gobierno ni a los dirigentes de la CNT. De los primeros, será Araquistain quien avise desde París a Largo sobre "la campaña nacional e internacional" astutamente organizada "a favor de un gobierno presidido por Prieto, a quien la propaganda

¹⁵ Todo esto lo dice Garcés en *La velada*, id., pp. 417-423. Azaña volvió sobre estos temas en sus "Artículos sobre la guerra de España", especialmente, "El Estado republicano y la revolución" y "La revolución abortada", OC, IV, pp. 493-504, en los que la lejanía de los hechos y una preocupación más didáctica atempera e incluso suprime la pasión que impregna los diálogos de Benicarló .

¹⁶ Comité nacional del Partido Socialista, "A los comités de las Agrupaciones socialistas", Marzo de 1937. Servicio Histórico Militar, arm. 46, leg. 63.

¹⁷ Comisión ejecutiva del PSOE, "Al comité de...", 6 de enero de 1937. SHM, 46, 63.

presenta como un gran organizador, un gran patriota y un hombre de realidades, mientras la izquierda del partido aparece como intransigente, sin ductilidad, como formada por visionarios fanáticos, incapaces de movernos entre los cambios y las sutilezas de la realidad". La campaña que tiende a exaltar de esa forma a Prieto y desprestigiar a Largo se completaría con la unificación de socialistas y comunistas bajo la dirección del mismo Prieto. Cuando ya es inminente la crisis de mayo, Araquistain da por inevitable la unidad entre socialistas y comunistas por imperativo de política internacional e invita a Largo a no dejarse arrebatar esa bandera por Prieto ya que en este caso "Rusia... se irá tras Prieto"¹⁸.

A los dirigentes de la CNT tampoco escapó este nuevo entendimiento entre las direcciones del partido socialista y del comunista. El comité nacional de la CNT, en una circular urgentísima fechada el 11 de marzo de 1937 habla de una abierta conspiración de los partidos políticos cuyo objetivo consistía en "producir una crisis de gobierno". A la conspiración opondrá el comité nacional de la CNT una Alianza con la UGT que ya estaría en vísperas de firmarse y que tendría como objetivo la formación de ese gobierno de las sindicales de que Largo habló en alguna ocasión a Azaña. La CNT no temía seguir adelante con su propuesta aunque contra ella se alzasen "todos los partidos en compacto bloque, incluyendo al socialista y al comunista"¹⁹.

El análisis de Azaña expresaba, pues, un pensamiento muy extendido en los primeros meses de 1937, cuando era ya evidente el desastroso resultado de la dirección sindical para la guerra y cuando los partidos, después de la defensa de Madrid, habían vuelto a levantar cabeza: que el gobierno presidido por el secretario general de la UGT, con una sustancial presencia de dirigentes de la CNT y una representación subalterna de los partidos políticos no podía continuar por más tiempo. Mientras los dos grandes sindicatos se aprestaban a sellar la alianza que fortaleciese su hegemonía política, el PSOE se aproximaba al PCE, sin desechar la posibilidad de una futura unificación, para contrarrestar la sindicalización del Estado, reducir a los sindicatos a una función puramente económica y colocar al frente del gobierno a los partidos políticos.

Fue esa situación de enfrentamiento entre sindicatos y partidos la que hizo objetivamente posible que Azaña pudiera recuperar la capacidad de iniciativa perdida desde noviembre de 1936 y asumir un decisivo papel en la búsqueda de una solución a la crisis abierta con la "insurrección anarquista" en Barcelona. Como es bien conocido, Azaña había llevado su residencia a Montserrat desde mediados de octubre de 1936 y se trasladó a Barcelona desde principios del nuevo año. Cuando comenzó la lucha en la calle, se encontró aislado por completo del gobierno y privado de la libertad necesaria para el ejercicio de su función. A través de su gabinete telegráfico, que continuó funcionando cuando quedaron cortadas las comunicaciones telefónicas, pretendió de forma reiterada e insistente establecer contacto con el presidente del gobierno, entonces en Valencia. Largo Caballero, ocupado en

¹⁸ Carta de Luis Araquistain a Francisco Largo Caballero, 2 de mayo de 1937. Fundación Pablo Iglesias, Archivo Histórico, 26-36.

¹⁹ Comité nacional de la CNT, "Circular urgentísima", 11 de marzo de 1937, SHM, 46, 66.

negociar con los dirigentes de la CNT una salida pacífica al conflicto, no encontró tiempo o no juzgó necesario acudir a los requerimientos del jefe del Estado. Fue Prieto quien, por deferencia personal más que por exigencias de su cargo, atendió las llamadas de Azaña e intentó tranquilizarle anunciándole el envío a Barcelona de dos destructores y de algunas fuerzas de aviación que llegarían por tierra. Pero la inevitable tardanza de ese tipo de ayuda, su prolongada situación de aislamiento con peligro cierto de la vida -suya y de los familiares que le acompañaban-, el silencio de Largo Caballero, que ni siquiera acudió al telégrafo para dar cuenta de la situación al presidente y, en fin, la misma elevada idea de su función, le llevaron a expresar a su interlocutor la posibilidad de dimitir. Poco después, hacia el mediodía del 5 de mayo, Azaña aseguró al presidente de las Cortes, Martínez Barrio, que "solamente una acción de gobierno rapidísima y aplastante" podría evitar que tomase aquella "determinación irreversible" que había evocado a Prieto. Por rapidísima y aplastante acción de gobierno pretendía sugerir lo que después pedirá ya abiertamente: un bombardeo de la aviación leal que despejara el camino de su residencia hasta el puerto con objeto de abandonar Barcelona. Azaña llegó a proponer a Prieto que diera la "orden a la aviación de que bombardee el foco de la estación". A Prieto, responsable de Marina y Aire, le pareció la orden "demasiado extrema a título de episódica y podría complicar las cosas". Algo más tarde, en la conversación telefónica que mantuvo con Sandino, y que relata en su diario, Azaña le habría dicho que "ni siquiera hace falta bombardear. Con que les vean a ustedes volar bajo y les disparen las ametralladoras, huirán". Sandino le contestó lo mismo que Prieto: "no servirá para nada y podía empeorarse la situación". Finalmente, Azaña pudo salir de Pedralbes y llegar el día 7 a Manises sin que el gobierno de la República tuviera que ordenar el bombardeo de su propio territorio²⁰.

Pero evidentemente Azaña marchó a Valencia dispuesto a romper el nudo de aquella situación. El mismo día 7 recibió, por la tarde, a Largo Caballero que "entró en conversación como si nos hubiésemos visto todos los días o como si yo llegase de una excursión de recreo". Conteniendo la irritación acumulada por lo que juzgaba "abandono efectivo" e "insolente conducta" de Largo Caballero, Azaña no evocó los sucesos de Barcelona porque no veía modo de que una vez iniciada la conversación sobre ese asunto, pudiera salir Caballero de la entrevista como presidente de Gobierno. Desde noviembre, había resuelto no relevarlo de su cargo por una decisión personal y aun no sabía realmente como hacerlo cuando lo tuvo delante aquel día de mayo. Fue el mismo Largo Caballero quien al presentarle la propuesta de cesar al general Miaja puso en sus manos la caja de los truenos. Azaña vio claramente que despedir a Miaja podía crear a Largo algún problema con los comunistas²¹.

²⁰ De las tribulaciones sufridas por Azaña en Barcelona desde el día 3 al 7 de mayo hay dos documentos complementarios: las cintas telegráficas de sus comunicaciones con Valencia los días 4 a 6, conservadas en SHM, leg. 461 [publicadas en Manuel Azaña, *Obras Completas*, ed. de Santos Juliá, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, vol. 6, pp. 93-122], y el relato del mismo Azaña, escrito en La Pobleña el día 20 de mayo, OC, IV, pp. 575-588. No hay diferencias sustanciales entre ambos aunque el tono es mucho más angustioso y perentorio en las cintas que en el diario.

²¹ Todo esto, en el relato de la crisis, 20 de mayo de 1937, cit.

Miaja, el POUM, el orden público, los decretos sobre el comisariado político, Asensio, la caída de Málaga, el embajador soviético, la unificación de las Juventudes: lejos había quedado ya el entusiasmo que Largo despertó entre los comunistas cuando de forma inesperada forzó en noviembre de 1935 la entrada del PCE en la coalición electoral de izquierdas que Prieto y Azaña estaban por entonces reconstruyendo; enfriados estaban desde hacía tiempo los fervores que acompañaron en la primavera del 36 la entrada del sindicato comunista en la UGT; más que arrepentido andaba Largo Caballero del impulso que había dado a las juventudes socialistas para que se unificaran con la comunistas. Todo eso era agua pasada y Largo contemplaba con incredulidad e irritación cómo sus amigos de la víspera se acercaban cada vez más a sus irreconciliables adversarios dentro de la familia socialista y hasta hablaban de unificarse en un solo partido.

La cercanía entre PCE y PSOE se había acompañado de la decisión de romper con Largo Caballero, pero los comunistas no querían correr ellos solos con el coste de provocar una crisis de gobierno que podía desembocar en una crisis política general. Era preciso que los demás partidos estuvieran de acuerdo no ya en que la crisis se abriera sino en el papel que cada cual debía asumir en su desarrollo. Y fue en este momento cuando la intervención de Azaña comenzó a ser decisiva. En una conversación que mantuvo con Giral poco después de su llegada a Valencia, pudo comprobar que el acuerdo alcanzado ya por comunistas, socialistas y republicanos era sólido y que todos ellos formaban, como le dijo Giral, "una piña que facilitará cualquier solución". Que la piña estuviera formada y que ninguna circunstancia pudiera romperla fue lo que permitió a Azaña mantener en esta ocasión la iniciativa. En un primer momento, después de la salida de los ministros comunistas y de que Prieto advirtiera a Largo que eso significaba una crisis de gobierno y que debía comunicarlo enseguida al presidente de la República, Azaña reiteró la confianza a Largo y le encargó la formación de un nuevo gobierno procurando encontrar algún acomodo con los comunistas y reduciendo las dimensiones del gabinete. Largo, en vez de buscar una fórmula de compromiso renunciando al ministerio de la Guerra, como exigían los comunistas, se obstinó en retenerlo sin consultar con ningún partido y añadiéndole además Marina y Aire, con lo que relegaba a Prieto a un ministerio secundario. Realmente, no se le podía ocurrir nada mejor para conseguir el rechazo simultáneo de comunistas y socialistas.

Para colmo, obligado por la necesidad de reducir ministerios, Largo, sin hablar con los interesados, ofreció solo dos carteras secundarias, las de Justicia y Sanidad, a los únicos aliados con los que razonablemente podía contar, mientras retenía para la UGT tres ministerios de primer rango: Presidencia y Defensa Nacional, Estado y Gobernación. La CNT, única de las organizaciones que había manifestado su decisión de "no prestar su colaboración a ningún gobierno en el que no figure como presidente y ministro de la Guerra el camarada Largo Caballero", quedó boquiabierta cuando tuvo ante sus ojos la composición del nuevo gobierno enviada por Largo: tres ministros de UGT, dos del PSOE, PCE, CNT e Izquierda Republicana, un de Unión Republicana y uno también, aunque sin cartera, de Esquerra y PNV. Naturalmente, retiró el apoyo antes prometido porque no podía aceptar que "se la coloque en el plan de inferioridad que se la sitúa". Para colaborar, la CNT

exigía tantos ministerios al menos como la UGT y anunciaba que no participaría en el gobierno si le arrebataban Industria y Comercio²².

El desarrollo de la crisis puso de manifiesto que si existía un acuerdo previo -la piña de Giral- entre los partidos políticos, no ocurría lo mismo entre los sindicatos. UGT y CNT no habían llegado a establecer una unidad de acción en los niveles de dirección ni a imprimir al gobierno de la República una común dirección política. En esas condiciones, la ofensiva de los partidos políticos contra Largo Caballero no desembocó en una lucha entre los partidos y los sindicatos, sino en el progresivo aislamiento de un viejo dirigente sindical, que no había logrado establecer ningún tipo de hegemonía obrera en la República y que no pudo contar, en el momento de la crisis de su gobierno, con el apoyo sin fisuras de su propio sindicato ni con la CNT. El plan de gobierno que presentó a Azaña parecía ideado para aumentar más su aislamiento político: no intentó formar un bloque obrero o sindical ni exploró la posibilidad de encontrar un camino intermedio que le evitara la confrontación directa con sus adversarios. Quiso tener razón él solo contra los partidos sin reforzar previamente su flanco sindical y hasta debilitándolo²³. Estaba realmente acabado, lo que dejaba definitivamente libres las manos de Azaña que, de pronto, se encontró con el mayor margen de iniciativa posible. Largo no caía empujado por una decisión personal "antiobrerista" suya sino por la presión conjunta de socialistas y comunistas y sin que la CNT moviera un dedo para salvarlo. Azaña recobraba así toda la libertad para resolver a su gusto por última vez una crisis de gobierno.

Decir que recuperó toda la libertad es quizá decir demasiado, porque tampoco es que hubiera mucho donde elegir. Estaba claro que el futuro presidente de gobierno no podía proceder de las filas republicanas ya que no sería aceptado por los demás y habría que dar en ese caso "por descompuesto e inutilizado el Frente popular". Estaba excluido, desde luego, aunque según cree Azaña "muchos lo desean, que me encargue yo personalmente del poder; es un despropósito en que nunca incurriré"²⁴. Tampoco, por razones obvias, podía ser un comunista, hipótesis completamente abstracta que Azaña ni siquiera se planteó. No quedaban más que los socialistas, pero de estos tampoco servían los de la facción de Largo Caballero, porque además de que era difícil encontrar entre ellos alguien a la altura de la tarea, de lo que se trataba era de reducir a los dos sindicatos, asignando un solo ministerio a la UGT y otro a la CNT, lo que nunca habría aceptado un caballerista. Quedaban, pues, únicamente los socialistas de la facción prietista, los que controlaban la ejecutiva. Y entre estos, la opción era también clara: Indalecio Prieto. Eso era, al menos, lo que casi todos esperaban.

²² Las notas y documentos de esta crisis se publicaron con profusión en la prensa. El Comité Nacional de la CNT conservó una buena colección que puede consultarse en Archivo Histórico Nacional, Salamanca, serie Bilbao, carp. 39 o en SHM, arm. 46, leg. 66.

²³ Santos Juliá, "Partido contra sindicato: una interpretación de la crisis de mayo de 1937", en *Socialismo y Guerra Civil*, Madrid, 1987, pp. 325-346.

²⁴ Todo esto es también de la anotación fechada en 20 de mayo de 1937, pp. 602-603.

Azaña eligió, sin embargo, a Negrín y no hay ninguna razón para pensar que lo hiciera por motivos diferentes a los que él mismo indica. Atribuir la designación de Negrín a una decisión tomada por los comunistas, basándose en las memorias de algunos agentes soviéticos y en el por todos los conceptos deleznable testimonio de Jesús Hernández, no es convincente. Que Prieto no fuera elegido por ser "demasiado adversario de los comunistas", documentando esta afirmación en el exclusivo testimonio de Prieto es incurrir en la conocida trampa de que están sembradas las memorias de casi todos los protagonistas del desastre de la República²⁵. En mayo de 1937, Prieto no había tenido ocasión de ser mucho ni poco adversario de los comunistas y es inconcebible que, enfrentado como estaba a Largo Caballero, hubiera podido aparecer como enemigo de los comunistas al mismo tiempo que la ejecutiva del PSOE, controlada por sus partidarios, buscaba afanosamente la ayuda de los comunistas para forzar la caída de Largo. Por otra parte, no tiene sentido que los comunistas se hayan opuesto al nombramiento de Prieto para jefe de gobierno sin poner obstáculo a su designación como ministro de Defensa, que era donde más les hubiera interesado tener a alguno de esos criptocomunistas de los que están tan llenos los relatos de la guerra civil. En fin, si Azaña hubiera elegido a Prieto para la presidencia del gobierno, los comunistas no habrían tenido más remedio que aceptar la designación: en mayo de 1937, los comunistas no estaban en condiciones de imponer un presidente.

No parece pues que Azaña diera el encargo a Negrín por motivos distintos a los que él mismo aduce en la ocasión y quizá por alguno más, que calla, pero que es coherente con las razones que le movieron a permanecer en la presidencia de la República. Ante todo, porque no se fiaba de Prieto en la presidencia y nadie, excepto él, podía ocuparse de Defensa: "Estaba mejor Prieto al frente de los ministerios militares reunidos, para los que fuera de él no había candidato posible", mientras que en la presidencia, sus altibajos de humor, sus "'repentes' podían ser un inconveniente". Azaña conocía a Prieto de antiguo y estimaba sus cualidades y su capacidad de trabajo, pero ya en una ocasión anterior había tenido que trasladarlo de un ministerio muy sensible debido a esos 'repentes': como ministro de Hacienda, Prieto podía reunir a los directores de los Bancos y decirles que no tenía ni idea de por dónde debía seguir y que la situación de la peseta era desesperada con lo que contribuía a extender el sentimiento de alarma en los medios financieros. "Me parecía más útil -sigue Azaña- aprovechar en la presidencia la tranquila energía de Negrín", que le parecía un político más completo y más idóneo que Prieto para presidir un gobierno de coalición. "Si no se puede gobernar con el Frente Popular, no hay gobierno", le había dicho a Martínez Barrio cuando desechó la idea de encargarse personalmente del poder. Y este era, en efecto, el núcleo de la cuestión. Negrín tenía buenas relaciones con todas las fuerzas -o no las tenía malas con ninguna- del Frente Popular. Aunque amigo de Prieto y colaborador suyo, no había sido protagonista de ningún enfrentamiento con Largo ni con la UGT, que no habían mostrado hacia él la abierta hostilidad con que habían

²⁵ Tesis mantenida por Burnett Bolloten en las diversas versiones de su obra: *La revolución española*, Barcelona, 1980, pp. 597-619 y *La guerra civil española*, Madrid, 1989, pp. 721-730. En ambas se cita a Krivitsky para afirmar que Negrín había sido ya designado presidente de gobierno por el delegado comercial soviético Artur Stashevsky en noviembre de 1936.

combatido a Prieto, sin pausa, desde mediados de 1935. Negrín tenía además buenas relaciones con los comunistas, aunque había sido el único socialista que reforzó un cuerpo armado -el de Carabineros- cuidando de que no entraran los comunistas en él. Ni que decir tiene que, por su formación y energía gozaba de mucho aprecio entre los republicanos, que lo consideraban desde antiguo como uno de los más cercanos a sus mismas posiciones políticas. Podía obtener quizá, pero seguramente no Prieto, la colaboración o, en su defecto, la neutralidad del otro gran sindicato, la CNT, con la que nunca había tenido especiales relaciones ni de cercanía ni de rechazo. En resumen, Negrín era el único de los políticos de relieve de la República que en mayo de 1937 no concitaba el rechazo de ninguno de los partidos ni sindicatos que formaban el Frente Popular.

Todo esto debió de pesar en el ánimo de Azaña para optar por él. Pero seguramente la razón decisiva fue la misma que le había movido a permanecer en la presidencia: que no veía ninguna salida posible al conflicto que no pasara por una mediación internacional. Azaña partía del supuesto de que era imposible para la República ganar la guerra: la victoria es una ilusión, dijo a Ossorio ya en septiembre de 1936. Y como Ossorio le replicara que entonces había que tratar con Franco, Azaña le contestó: no lo creo; hay que defenderse y procurar que no perdamos la guerra en el exterior. En octubre de 1936, y a espaldas del gobierno, Azaña ya había encargado a Bosch Gimpera que explicara al embajador de la República en Londres que "la situación interior es muy peligrosa y que era indispensable conseguir urgentemente que el gobierno británico tomara la iniciativa de una mediación que pusiera término a la guerra". En mayo de 1937, ofreció a Julián Besteiro la representación oficial de la República en la ceremonia de coronación de Jorge VI con objeto de explorar de nuevo las posibilidades de una gestión de paz de la que se encargaría el gobierno británico²⁶. Con los frentes restablecidos, era el momento más propicio para forzar una mediación internacional y Negrín le parecía el presidente que mejor podía avanzar en esa dirección pues, al contrario de Prieto, tenía una amplia experiencia internacional, había establecido relaciones sólidas con la Unión Soviética y su cultura y amplio dominio de lenguas podían ser de gran utilidad en la búsqueda de la mediación.

Razones de política internacional se añadían así a las de carácter y de política interior para hacer de Negrín a los ojos de Azaña, sin necesidad de ninguna presión comunista y, desde luego, sin que los comunistas determinaran su elección, el mejor candidato posible a la presidencia del gobierno. Lo que Azaña pretendía era tener al frente del gobierno a un político que buscara la paz por medio de una mediación internacional. Con Largo Caballero, esa posibilidad estaba descartada, hasta el punto de que le ocultó sus propias gestiones sin temor a excederse en sus atribuciones constitucionales y sin comprender que una mediación a espaldas del gobierno resultaría incomprensible para los presuntos mediadores. Con Negrín era otra cosa: Negrín era un político, no un dirigente sindical; un republicano, no un

²⁶ Hay un informe de Marcelino Pascua muy crítico de estas iniciativas en AHN, caja 5, exp. 2. (Agradezco a Juan Avilés su información sobre este documento). Antonio Marquina, "Planes internacionales de mediación durante la guerra civil", *Revista de Estudios Internacionales*, 5: 3 (julio-septiembre 1984), pp. 569-591.

socialista que soñara en la revolución; con él se podía hablar y seguramente entenderse. Eso era, al menos, lo que Azaña creía en mayo de 1937.